

---

# DIARIO DE UNA INVESTIGADORA<sup>1</sup>

Beatrice Webb

---

Es medio día. Los rayos del sol golpean ferozmente sobre las callejuelas del asentamiento judío: el aire es húmedo debido a las abundantes lluvias. Un vapor desagradable emana del pisoteado fango de las calles del *East End* y se mezcla con los fuertes olores del pescado frito, las verduras descompuestas y de la carne vieja que confirma su presencia a los ojos y fosas nasales de los transeúntes.

Durante un breve intervalo se ha parado el «zumbido» de las máquinas de coser y el sonido sordo del hierro de las planchas. Maquinistas y planchadores, bien vestidos y luciendo pesadas cadenas de reloj; chicas judías con sombreros deslumbrantes, rellenitas y un marcado contoneo; inmigrantes polacos de miradas furtivas con sus pálidos semblantes y sus formas encogidas. Y por

---

<sup>1</sup> *Nineteenth Century*, septiembre de 1888. Debido al carácter anónimo de la vida del East End y a que no leen revistas y libros, ha sido posible publicar un puñado de páginas de mi diario privado cambiando los nombres de las calles y las empresas para no correr el riesgo de molestar a las personas implicadas. Raramente se puede llevar a la práctica la publicación de las notas privadas de un investigador. Pero, a pesar de esta dificultad, para que el estudiante «haga una copia» de cualquier aspecto de la organización social lo encontrará de ayuda para que su trabajo científico sea más completo y real, y complementará su colección de hechos técnicos y sus tablas estadísticas con descripciones detalladas de escenas y personajes típicos para su propio uso privado. [Esta versión y título se toma de Sidney y Beatrice WEBB, *Problems of modern industry*, Londres, 1898. El título original era «Pages from a work-girl's diary», JJC.]

todas partes mujeres cristianas golpeadas por la pobreza, todas con prisa, que van o vienen de almorzar; mientras los patronos, con sus mujeres e hijas, están sentados o rondan por la puerta de la casa e intercambien comentarios sobre la incompetencia de los «temporeros», el bajo precio del trabajo, el chantaje de los capataces; o hablan del tema más agradable del último «negocio» en Petticoat Lane y la última apuesta en las carreras de caballos.

A empellones por la acera, no dejo de deambular buscando trabajo. Hora tras hora he recorrido las calles principales y secundarias del *ghetto* londinense. No hay notas de ofertas de trabajo excepto para una «modista competente» y en esos sitios no me atrevo a solicitar trabajo porque me siento una impostora, y ni mi conciencia y ni mis dedos están endurecidos. Cada paso que doy me siento más descorazonada y más cansada físicamente. Al final, totalmente desesperada, me armé de valor. En un escaparate veo la nota de siempre, pero en la entrada veo a una hija de Israel de aspecto alegre que parece que me invita a solicitar trabajo.

«¿Necesita una obrera?», le digo, imitando sin éxito el acento y el aire de una trabajadora, y logrando sólo una suprema incomodidad.

La judía me mira rápidamente, primero mis botas sin botones, luego mi falda corta ya desaliñada, para seguir por la línea recta de mi abrigo mal hecho hasta mi caído gorro negro que no se ajusta bien debido a un mechón de pelo despeinado.

«No», responde secamente.

«Sé hacer de todo menos ojales». Insisto con un tono más natural.

Me mira a la cara y duda. «¿Dónde ha trabajado?».

«En el campo». Contesto vagamente.

Ella vuelve lentamente la cabeza hacia el pasillo de la casa. «Rebecca, ¿quieres ayuda?».

«El puesto se ocupó hace una hora», responde Rebecca gritando.

«Vaya, vaya, ya ve usted», dice la judía con voz despreciativa y amable mientras su cabeza se hunde en los rollos de grasa que la rodean. «Encontrará usted muchos anuncios en la calle siguiente; nadie teme a una persona joven y decente que conoce su trabajo y está al aire libre en esta época del año»; y luego, volviéndose hacia la mujer que estaba a su lado: «Es extraño encontrar una como es debido. En los últimos tres días hemos sentado a la mesa a una docena de ellas y ninguna sabía cómo hilvanar los patronos de un abrigo para coserlo en la máquina».

Animada por las últimas palabras, me di la vuelta y seguí caminando con dificultad. Pregunté en todas las casas con anuncio, pero siempre me lanzaban esa mirada escrutadora a mis ropas y me respondían las palabras fatales «¡Ya tenemos!».

¿Será porque estamos a mediados de la semana, o porque piensan que no soy una auténtica trabajadora?, me pregunto. Y en el siguiente escaparate miro nerviosamente el reflejo de mi persona y me sobresalto de mi aspecto totalmente desolador: lo bastante pobre para ser «explotada» por cualquier patrono.

«Claro, no tiene las espaldas lo suficientemente anchas para aguantar este peso», comenta una sirvienta irlandesa a su señora, cuando me alejo de la última casa que anunciaba «se necesita una modista competente».

Me siento terriblemente indispueta y enferma; y soy tan consciente de mis ropas viejas que no me atrevo a pedir un refresco en una casa de comidas ni en un bar. De todas formas, tengo aire, por lo que arrastro un pie tras otro y me adentro en la calle *Hackney*. Justo frente a mí, en una tienda de ropa barata de la peor calidad, veo un gran cartel: «Se necesita urgentemente ayuda para la confección de pantalones y chalecos». De inmediato me encuentro en una sala grande de trabajo atestada de mujeres y chicas tan mal vestidas como yo. A la cabeza de una larga mesa, examinando la ropa terminada, hay una judía de rasgos duros y aspecto astuto con un vestido de terciopelo de algodón estampado y con gafas de montura de oro.

«¿Necesita pantaloneras?».

«Sí, en el interior».

«Ultimo la confección de pantalones».

La judía me examina de arriba abajo. Mi vestimenta le encaja. «Llame mañana por la mañana a las ocho en punto». Y me da la espalda para supervisar un par de pantalones que cuelgan de la mesa.

«¿Cuánto paga?», digo yo con firmeza.

«¡Toma! Según el trabajo que haga, seguro. Cualquier precio», responde lacónicamente.

«Mañana a las ocho». Y me marcho de la tienda deprisa para escapar de la mirada dura de mi futura patrona. De nuevo en la calle: la confusión mental, el dolor de cabeza y mis doloridos pies, todas las enfermedades físicas y depresiones morales que genera estar sin trabajo, parecen desaparecer inmediatamente. Por fin, tras este cansado peregrinaje he conseguido un trabajo. La brisa fría de la tarde, la vida pintoresca y la agitada actividad de la ancha calle, incluso los sonidos y las imágenes del East London se suman a mi sentimiento de enorme júbilo. Sólo hay un inconveniente para estar del todo contenta: ¿*Sabré yo* «terminar» pantalones?

Pocos minutos pasadas las ocho de la mañana siguiente estoy frente a «MOSES E HIJOS. ROPA BARATA». En el escaparate dos chicos colocan la ropa: abrigos y chalecos (que se venden juntos), de 17 chelines a 22 chelines; pantalones desde 4 chelines y 6 peniques a 11 chelines y 6 peniques.

«Abrigos obviamente terminados: ¿dónde y a qué precio?», medita la investigadora mientras merodea por la puerta una sirvienta.

«Mejor entre», dice amigablemente la voz de una trabajadora rozándose cuando paso. «Es usted nueva; la señora esperaba que llegase puntual».

La sigo, entramos en la tienda y luego atravesamos una tosca puerta de madera. La sala de trabajo es larga e irregular, cerca de la entrada es oscura y de techo bajo, pero al final hay una alta claraboya. Las paredes están forradas de tabla machihembrada; en un lugar destacado, enmarcado con cristal, cuelga el Reglamento de Fábricas y Talleres. Cerca de la puerta, y muy al alcance de la

estufa de gas (usada para calentar las planchas), dos pequeñas mesas, pero altas, sirven de tabla de planchar: una mesa alargada y baja, con una baranda de madera para los pies, se extiende a cada lado y sillas por todas partes, corren a lo largo para las terminadoras de pantalones; una mesa alta para las que hilvanan; y directamente debajo de la claraboya, dos mesas más para las maquinistas y las que trabajan en los chalecos completan el mobiliario de la habitación. Tras una puerta abierta al final del taller se puede ver la cocina privada de la familia Moses; y más allá, en un patio muy pequeño, un cobertizo y al lado de él un grifo y un fregadero para uso de todas las internas del establecimiento.

Cerca de treinta mujeres y chicas amontonadas. Las primeras cuelgan sus gorros y chales en los insuficientes clavos que hay en la madera que divide la tienda del taller; las últimas en llegar arrojan sus ropas de calle en las esquinas. Hay una algarabía de voces a medida que cada «ayudante» [*hand*] se instala frente a los instrumentos de trabajo y su vieja caja de tabaco o velas que contiene hilos, bobinas, galones, agujas, dedales y tijeras. Son todas inglesas o irlandesas salvo cerca de media docena de «jóvenes señoritas» bien vestidas (hijas de la casa), una de las cuales hace de capataz, mientras las demás ya están trabajando con los chalecos. La «señora» aún está desayunando. Pocos minutos después de media hora los dos planchadores (dos chicos ingleses, los únicos hombres empleados) deambulan perezosamente por la sala, encienden la mecha y preparan las planchas.

La capataz pide un par de pantalones ya cosidos a máquina y me los pasa. Los miro y los miro, preguntándome por dónde empezar. El trabajo difiere bastante del de la *sastrería*, para el que tengo formación: es más vulgar y no tan bien organizado. Además, no tengo ni hilo, ni bobina, ni galones. La mujer que hay a mi lado me explica: «Tienes que traer los instrumentos; no nos los dan aquí; pero te presto algunos para que salgas del paso».

«¿Qué tengo que comprar yo?», pregunto, sintiéndome bastante desesperada.

En ese momento la «señora» se desliza en la habitación. Es una mujerona, con enormes caderas y muslos; tiene rasgos judíos muy marcados y, ahora me percató, está ciega de un ojo. La expresión sardónica y enigmática de su semblante me recuerda a algo lejano, hasta que recuerdo las caricaturas del gran Disraeli que venden en las tiendas de retratos del centro. Su pelo es rizado y grasiento, antaño negro y ahora con canas, con ligeros mechones rizados sobre la frente. Lleva el mismo vestido de terciopelo verde estampado con grandes flores de ayer; una pesada cadena de reloj, muchos anillos y un pulcro delantal sin manchas.

«Buenos días a todas», dice graciosamente al grupo mientras ronda nuestra mesa y viene hacia mi sitio. «Sarah, ¿le ha dado trabajo a esta joven?».

«Sí», contesta Sarah; «de cuatro peniques y medio».

«No tengo herramientas de trabajo. No sabía que tenía que traerlas yo. Donde trabajaba antes nos las daban», le digo con humildad.

«Eso se arregla pronto; la tienda está justo a la vuelta de la esquina. O, Sarah», la llama desde el otro lado de la mesa, «como vas a salir, trae a esta joven sus herramientas de trabajo. La mujer que hay a tu lado te dirá lo que necesitas», añade en un tono más bajo, inclinándose hacia nosotras.

La mujer que hay a mi lado ya es amiga mía. Es una mujer casada, pulcra y respetable con una mirada de superioridad consciente sobre las que le rodean. Como a las demás pantalonerías, le pagan por prenda; pero a pesar de esto, está dispuesta a concederme algún tiempo para explicarme mi trabajo.

«El primer día te sientes un poco extraña. ¿Has estado mucho tiempo sin trabajar?».

«Sí», le contesto toscamente.

«¡Ah! Eso explica tu torpeza. Los dedos parecen todos pulgares después de un tiempo sin actividad».

Y ciertamente los míos han estado parados. Me encuentro nerviosa y azorada. El calor creciente de la sala, la manera en que debemos sentarnos tan pegadas unas a otras que nos obliga a ladearnos para poder mover con cierta libertad los codos; lo extraño de mi posición, todas estas circunstancias se unen para incapacitar a una verdadera costurera, incluso para el trabajo más burdo de costura. Sin embargo, por fortuna para mí nadie me presta mucha atención. El ruido aumenta a medida que pasa la mañana. Los dos planchadores se dejan llevar por sus instintos y los dos muchachos intercambian alegremente bromas y palabras malsonantes desde la plancha (justo detrás de nosotras) con las chicas de alrededor de nuestra mesa. Ofertas de besos, afiladas imprecaciones al demonio y su morada, un uso constante y fuera de contexto del inevitable adjetivo, constituye la conversación básica entre los planchadores y las jóvenes trabajadoras; mientras, las mujeres mayores se cuchichean al oído cotilleos y novedades. Desde el final de la sala, estribillos de canciones de *music-hall* rompen el monótono runruneo de las máquinas de coser. El siguiente estribillo, algo indecente y sin ritmo:

¿Por qué las chicas no tienen libertad ni antes ni ahora?

Y si a una chica le gusta un chico, ¿por qué no le hace proposiciones?

¿Por qué a las chicas siempre las llevan de la oreja?

parece el estribillo preferido y, a juzgar por el gusto con el que lo repiten, expresa el sentimiento dominante de las trabajadoras. La señora grita una y otra vez: «chicas, cantad al unísono; no me importa que cantéis, pero cantad al unísono». Hay un constante toma y daca de herramientas de trabajo entre ellas, una supervisión general y amable del trabajo entre ellas, una cordialidad verdadera bastante natural. La judía enigmática y sardónica está sentada en el extremo de nuestra mesa, examina la prenda acabada a través de sus gafas con montura de oro, y felicita o regaña según el caso; o, arrugando el ojo ciego, se suma a la charla o chistes de las trabajadoras que hay a su alrededor.

«La señora tiene dieciséis hijos», comenta confidencialmente mi amiga la Sra. Long, «ocho del Sr. Moses y ocho del patrón al que enterraron hace años. Todas las chicas que hay al final de la mesa son sus hijas».

«Son monas», digo yo con un tono de cumplido.

«Sí, es una pena que algunas de las chicas de la tienda no sean como ellas»,

murmura mi respetable amiga. «Hay algunas muy feas. Dios mío, mira esa joven que está riendo y bromeando con los planchadores justo detrás de nosotras», y empieza a darme detalles del vicio doméstico y del crimen no natural que deshonra la llamada vida «cristiana» del East London.

«¡Eh, eh!», interviene la mujer que hay a su lado, interesándose por el escándalo (una mujer típica de los barrios bajos con la nariz y la piel marcada por el alcohol), «no está bien criticar lo que os rodea en este tipo de lugares».

«Claro que no», interviene otra vez la Sra. Long, irritada tanto por el tono de superioridad como por la injustificada interrupción de su vecina de mala reputación. «He trabajado en este mismo lugar durante ocho años y nunca he discutido con nadie. Trabajas durante toda la semana y te pagan regularmente todos los sábados; y consigues dinero si haces un buen trabajo. No tienes que mezclarte con las que no te gustan», añade alejándose de modo perceptible de la mujer de los suburbios, mientras repite con fuerza las palabras «aquí hay de todo».

«Soy una de esas personas», dice orgullosamente la mujer de los suburbios, «que responde a la gente cuando me llaman la maldita palabra. Yo no llamo a nadie esa palabra».

«Yo no escojo mantener una conversación con gente como ella», dice la Sra. Long, frunciendo sus finos labios como poniendo fin a esta indeseable charla: «¡como si yo tuviera que trabajar para vivir! Mi marido tiene un trabajo fijo; sólo trabajo por los extras, y sólo las pocas veces, que suele ser un mes al año, en las que hay poca actividad en la construcción».

Esto calla definitivamente a la mujer de los suburbios. Su marido, ¡ay de ella!, llega a casa borracho todas las noches y se gasta los peniques que gana de vez en cuando holgazaneando en los bares (me informa después la Sra. Long). Tiene a una hija poco agraciada a su lado, con un ojo morado y la cara hinchada, con la que intercambia trabajo y un lenguaje pobre y comparte grasientas vituallas.

«La una en punto», grita una estridente voz de chico.

«Paren el trabajo», ordena la patrona.

«Me gustaría terminar este poco», digo patéticamente a mi amiga, pensosamente consciente de la deficiencia en cantidad, si no en calidad, de mi trabajo.

«No debes, es la hora de comer».

Los planchadores ya han dejado su trabajo, la señora y sus hijas se retiran a la cocina: filas de mujeres y chicas salen a la calle, mientras una o dos empujan cestas de debajo de la mesa, y sacan paquetitos de periódicos sucios y tazas desconchadas, pedazos de pan y mantequilla, pescado salado o salchichas frías; y levantan de la cocina de gas la tetera de hojalata donde su bebida ha estado cociendo desde primeras horas de la mañana. Agradecida de corazón por un respiro de aire puro y un cambio de mi arrugada postura, deambulo de arriba abajo por la calle, y termino mi «hora de comer» entrando en una pulcra tienda donde me tomo un pastel y una taza de té recién hecha. De vuelta a las dos.

«Tienes que trabajar mejor», comenta la señora inspeccionando mi trabajo. Me ruborizo y tiemblo de modo perceptible cuando se clava en mí la mirada escrutadora del semblante severo de la judía. Me mira a los ojos con una expresi-

sión cómicamente misteriosa, y añade con una voz gentil: «tienes que trabajar un poco más deprisa por tu bien. Hemos visto peores ojales que éstos, pero no parece que estés muy acostumbrada a trabajar».

Pero ahora empieza el drama del día. Los dos planchadores se retrasan diez minutos. La ira de la judía se vuelca contra ellos. Sin embargo, parecen dominar la situación, porque contestan en un lenguaje mucho más escogido del que ha utilizado la señora, un lenguaje que me temo que (ni siquiera en un diario privado) soy capaz de reproducir; defienden su derecho a llegar cuando les dé la gana; declaran que si quieren un día libre, la mandarán al infierno y se lo tomarán; y, al final, para llegar al punto álgido de los insultos, la amenazan con el «hombre de la fábrica» y se burlan de ella diciéndole que se juega en las carreras de caballos el dinero que les «saca explotándolos».

Con estas últimas palabras la enigmática y sardónica expresión de la judía se torna en rabia explosiva. Se desvanece toda semejanza con las caricaturas de marcado aire desapasionado del centro de la ciudad. Las profundas arrugas que empiezan justo encima de la fosas nasales y terminan en las comisuras de los labios, arrugas que seguramente expresan la experiencia racial de los hijos de Israel, se abren para expresar una efusión universal de furia humana. Una perfecta descarga de juramentos tiene lugar en rápida sucesión entre los adversarios principales; mientras, una mujer tras otra se suman a la refriega, poniéndose de parte de la señora y contra los planchadores. La mujer de los suburbios se levanta de su sitio y prepara los puños; mientras su hija vacía oportunamente la pequeña botella de brandy que hay escondida detrás de los instrumentos de su madre. La Sra. Long frunce con más fuerza sus finos labios, baja la vista y la fija en su trabajo. En ese momento crítico, entra el patrón.

El Sr. Moses es un judío inglés corpulento y bien vestido. Su semblante es duro y sensual, su mirada tímida y su reputación entre las «ayudantas» [*hands*] de su mujer no es la mejor. En ese momento, su único deseo es que reine la paz en su establecimiento. De su expresión de brutalidad somnolienta deduzco también que padece ocasionalmente la violencia de la lengua de la señora; y con la bandada de mujeres gritando por todas partes percibe el lado masculino de la cuestión. De cualquier modo, se inclina por adoptar una postura imparcial en la riña. «Siéntese, Sra. Jones», espeta a la mujer de los suburbios, «siéntese o usted y su \_\_\_\_\_ hija dejan el taller ahora mismo. Y vosotros, chicos, tranquilos; seguid con vuestro trabajo y no habléis con mi mujer». Y luego, volviéndose hacia su mujer, en un tono más bajo: «¿Por qué no los dejas en paz y dejas de contestarles?». Lo siguiente no podemos oírlo; pero, a juzgar por el tono y su mirada, es una expresión de protesta y desaprobación. Cazo las palabras «empujón de trabajo» y «temporeros».

«Ay, si fueras un poco hombre», grita la patrona, subiendo el tono de voz para que la oigan los demás, «hubieras despedido a estos dos jo—s pícaros. Yo les hubiera despedido a cualquier precio, si fuese un marido como es debido. Decir cómo me gasto mi dinero..., ¿y qué? Y lo que ha dicho Jo de llamar al hombre de la fábrica. Puede llamar al demonio (bienvenido sea), que a la única persona a la

que verá será a él. Decir que gasto mi dinero en las carreras de caballos...; como si no me pudiera gastar mi dinero en lo que me dé la gana. Como si no me dieras el dinero que me gano cuando te lo pido, Sr. Moses», grita sofocada la judía, mirando de forma amenazante a su pareja, «y nunca me preguntes en qué me lo gasto». Las apuestas de caballos parecen ser una cuestión delicada.

«No es asunto de ellos lo que haces con tu dinero», responde el patrón tranquilizadamente. «Pero déjalos en paz y diles a estas chicas que se callen. Tienen más de la mitad de la culpa, están siempre metiéndose con ellos», añade, ansioso por llevar la culpa a un terreno más seguro.

La tormenta amaina y el Sr. Moses regresa a la tienda. Pero la rabia de la judía aún no se ha aplacado. Una sola palabra, y empieza otra vez el rápido cruce de lenguaje ofensivo entre la señora y los planchadores; aunque ahora las mujeres, atemorizadas por la intervención del patrón, permanecen calladas. El joven alto y guapo, de nombre Jo, es el que más grita; pero la Sra. Long me cuchichea sin levantar los ojos de su tarea: «es Harry el que fabrica las balas, escúchale y verás, pero Jo es el que las dispara».

Al final se calma la situación. Varias mujeres (ayudantes externas) entran en tropel con un montón de pantalones terminados. La rabia efervescente de la dolidada mujer cede a la supervisión minuciosa propia del ánimo de lucro de los judíos. «Si tuviera sólo trabajadoras internas, si supiera cómo encontrarlas y tuviera una sala para ponerlas», le murmura a Esther a medida que mira un pantalón tras otro. «Mira este trabajo, ¡está todo lleno de jaboncillo! Llame de nuevo el lunes por la mañana, Sra. Smith. Pero recuerde que *le he dicho* el lunes, no el martes por la mañana. Entiende usted inglés, ¿no?, el lunes por la mañana».

Un chaval bajito entra en el taller con trabajo inacabado. «¿Qué te parece esto, Sara? La Sra. Hall manda que me digan que el lunes lavó, el martes limpió y el miércoles supongo que estuvo fastidiando mi negocio, porque estamos a jueves, mañana es día de compras y el trabajo está intacto. Ahora, chicas, daros prisa con el trabajo», sigue la señora mientras tira el puñado de pantalones sobre nuestra mesa, «todo esto tiene que estar terminado antes del viernes. ¡Perkins no va a esperar a nadie!».

«Es el nombre de una empresa de exportación al por mayor; entonces —piensa para sus adentros la investigadora mirando las prendas— trabaja para la exportación y para la venta al por menor y paga lo mismo en ambos casos». (Mientras tanto, una joven trabajadora se clava la aguja en la uña del pulgar, y en su agonía hunde su codo en la espalda de la vecina, algo que provoca una reacción en cadena por toda la mesa.)

«¡La ley! Pero qué torpe es», gruñe la mujer de los suburbios, con ganas de volver a la refriega y desahogar su rabia contenida.

Por fin, la hora del té interrumpe la jornada laboral. Se han recolectado ya los peniques necesarios para el bote colectivo de leche; cogen un montón de tereras de la cocina de gas, y desenvuelven paquetes con pequeños trozos de pan y mantequilla, con un tentempié o un dulce. La señora bebe a sorbitos su



té en la cabecera de la mesa. Los odiosos planchadores se han marchado la media hora. Y exterioriza sus sentimientos:

«¡Pagarles 5 chelines al día para que te ofendan! Como si no pudiera gastarme el dinero en lo que me da la gana; y como si el Sr. Moses hubiera preguntado alguna vez —me gustaría verle pedirme cuentas— en qué se va el dinero».

Todas las mujeres se solidarizan con ella, y compiten entre ellas por insultar a los planchadores, que no están presentes.

«Su lenguaje es horrible», grita la mujer de los suburbios; «si yo fuera la patrona, les daría ojo por ojo a esos jod—s sinvergüenzas. ¿De qué sirve ser la patrona si tienes que contener la lengua?».

«En cuanto al hombre de la fábrica», sigue la airada judía, regresando a la polémica cuestión, «¡que me amenacen con él! No sirven para trabajar en un taller respetable; son jod—s espías. Les echaré, aunque me cueste 100 libras. Y si el Sr. Moses fuera un poco hombre, también lo haría».

Cuando oigo la palabra espía, me siento acalorada; pero consciente de la inocencia de mi objetivo, le digo: «nada tiene usted que temer del inspector de fábricas; usted cumple la normativa».

«No niego», responde francamente, «que si tenemos mucho trabajo mando a las chicas arriba; pero sólo lo hago una vez cada tres meses; y todo es por su bien».

Dos horas más tarde ya he terminado mi segundo par de pantalones. «Esto no está bien», dice cuando mira ambos pares. «Toma, deshaz la cinta de éste; corregiré este otro. Es mejor tener trabajando aquí personas respetables que apenas saben coser que sinvergüenzas que saben mucho, que saben demasiado», murmura, escocida por las amenazas sobre el «hombre de la fábrica» y el dinero gastado en los caballos.

«Las ocho en punto en el reloj de la Fábrica de Cerveza», grita una voz estridente.

«Quedan diez minutos para las ocho», grita la señora mirando su reloj. «Sin embargo, no merece la pena violar la ley por unos pocos minutos. Paren de trabajar».

Esto me sienta más que bien. El calor es sofocante desde que está encendido el gas, tengo los dedos muy doloridos y la espalda me duele como si me la hubiera roto. Las mujeres doblan su trabajo; alguna se lo lleva a casa. Todas dejan sobre la mesa sus instrumentos, las tijeras y el dedal. Fuera, el aire fresco de la tarde, la sensación de libertad de movimientos y el descanso de los extenuados dedos y ojos me proporcionan la mejor sensación física que he experimentado en mi vida.

\* \* \*

Es viernes por la mañana y me siento desesperadamente cansada. Apretujada entre mis dos vecinas, con la prenda mal hecha en mi rodilla, la jornada

laboral entera ante mí, me siento como una joven trabajadora al borde de la desgracia. Siento todo mi cuerpo «tembloroso e inestable», mis dedos, agujereados, se niegan a empujar la gruesa aguja a través de la desagradable tela; mis húmedas manos (cuanto más las restringo en el delantal más húmedas las tengo) descolocan las finas costuras; mi trabajo capta toda mi energía, con el desalentador resultado de que cada vez lo hago peor. La Sra. Long trabaja silenciosamente a mi lado con mucha prisa para terminar a tiempo un par de pantalones «de encargo». Y empieza a presentir mi despido.

«Yo evito el contacto con las demás», me dijo ayer. «Te hundes con ellas porque todas ellas se están yendo a la ruina; excepto los judíos, que van hacia arriba». Y hoy aplica su teoría estrictamente, y no está dispuesta a «mezclarse» ni siquiera con una fracasada respetable. Por tanto, me defiende sin ayuda hasta que, de alguna manera, termino.

«Esto no se hace nunca», comenta enfadada la señora. Y luego, sintiéndose culpable, añade severamente: «no se hace así, este trabajo no me gusta; márchate y aprende primero en otra parte». «Esto nunca se hace, no me gusta», repite lentamente deshaciendo el trabajo. Y deja de mirarme agitando sus lentes, como diciéndome: «mejor no me contestes».

Sin decir palabra preparo mis herramientas dispuesta a marcharme si la señora insiste.

¿Se debe al exceso de fatiga, o es que he realizado a la perfección mi papel de joven trabajadora desgraciada? Se me hace un enorme nudo en la garganta y mis ojos se llenan de lágrimas. Silencio sepulcral. Las ayudantes más jóvenes me miran desde su puesto con comprensión. La Sra. Long, con la cabeza inclinada hacia abajo, sigue cosiendo; la mujer de los suburbios me mira fijamente con una cansada expresión de estupor y lástima; mueve nerviosamente las manos debajo de su mesa de trabajo y desliza algo hacia mí. Oigo el sonido de la botella de brandy golpeándose con las tijeras mientras veo cómo me acerca la vieja caja de tabaco que contiene sus herramientas. Mientras tanto la judía ha girado su ojo izquierdo y me mira a través de sus gafas. La arruga profunda de experiencia heredada se relaja de nuevo, expresando humanidad. Pero esta vez se trata de bondad, no de rabia. Me hace una seña para que vaya. En un segundo voy a su lado.

«Ya sé lo que puedo hacer contigo. Si quieres quédate y trabaja por tres peniques y medio, lo mismo que les doy a las ayudantes externas, y podrás cobrar más cuando estés preparada. No quiero ser dura con una joven decente que intenta ganarse la vida de un modo respetable. No hay muchas personas respetables en el mundo, y no podemos permitirnos que se mueran de hambre», añade la judía, lanzando una mirada de enfado a los planchadores. «Sarah, dale un par de tres peniques y medio. Hago una excepción contigo. Siéntate entre esas dos jóvenes señoras y te enseñarán. Debéis ayudaros entre vosotras», les dice a las chicas mientras me hacen sitio; «aunque, por supuesto, todas vienen aquí para ganarse la vida; no puedes esperar de ellas que te enseñen eternamente».

La chica que me ha cogido bajo su tutela es una mujer joven decentemente vestida y de aspecto delicado, que no lleva el típico vestido llamativo, deslustrado y desaliñado de las típicas chicas gentiles del *East London*. De compleción delgada, con un semblante pálido y cansado, parece que tiene treinta años (me dice que sólo tiene diecinueve); cose en silencio y parece ser muy consciente de la agitada vida de sus compañeras; pero en lugar del aire de sempiterna superioridad de la Sra. Long, su tipo, su cara y sus modales denotan una depresión física, aliviada una y otra vez por la ensoñadora certeza de que hay otro mundo más allá de este taller del *East End*.

«Pronto aprenderás», me dice amablemente; «tienes que fijarte con atención y luego hacerlo tú».

Dirigida por ella y animada por su amabilidad, sigo trabajando con un estado mental más tranquilo y escuchando la conversación de mis vecinas. Entre las jóvenes ayudantes que se sientan en este extremo de la mesa se habla principalmente del atractivo de los distintos *music-halls* o, lo que todavía es más importante, de los regalos y las atenciones de sus diferentes «tíos». Porque el trabajo monótono y la mala comida no han deprimido las energías físicas de estas mujeres jóvenes. Con su gran corazón, su exuberante buena naturaleza, su intelecto ocupado activamente en los diferentes espectáculos del *East London*, estas genuinas hijas del pueblo se entregan al abierto disfrute de la vida humilde. Durante el día sus dedos y ojos están plenamente ocupados; por las noches, en vacaciones, en temporadas en las que escasea el trabajo, sus pensamientos se apresuran a sumarse a las diversiones multitudinarias de las calles del *East End*; así, descargan sus sentimientos mediante el placer que les proporciona el amor promiscuo. No se les puede acusar de inmoralidad, porque no tienen conciencia de haber pecado. No son conscientes de la apariencia de moralidad ni del vicio oculto pero secretamente reconocido de ese grupo pequeño que se define como «sociedad londinense» (¡en una ciudad de millones!). Viven en el Jardín del Edén de la vida incivilizada; todavía no han probado el fruto prohibido del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, y no sueñan ni con el cielo ni con el infierno de una conciencia despierta. Sólo existe una tentación en la que se puede caer: la bebida, que lleva lenta pero inevitablemente a la muerte del alcohólico.

«Milly», comenta una de ellas a otra, «le dices a ese jo—o hermano tuyo que me hizo esperar media hora fuera del *Paragon* anoche. Que me aspen si vuelvo a servirle de *Round the Corner*<sup>2</sup>. Pero al rato me dije “una chica caprichosa y precavida como yo nunca se enfada”, por lo que entré yo sola. Allí todo es magnífico», añade con entusiasmo.

«¡Eh! Tienes que ir a ver la representación del *Standard*», comenta Milly. «Jim prometió llevarme el sábado que viene a uno de esos magníficos lugares del West. ¿Te vienes con nosotros? Le diré a Tom que venga. Tendrás el éxito

<sup>2</sup> Término típico del *East End* para designar a la mujer que acompaña al varón al teatro o al *music-hall*.

asegurado el sábado. Tom tiene trabajo fijo y es de los pocos que tiene buen corazón», se ríe la hermana del desleal joven.

«Es demasiado complicado ir al West» responde la chica, con ganas de demostrar su indiferencia hacia las atenciones de Tom. «No me importa ir si salgo antes de las nueve y media. Se tarda toda una hora en limpiar y hacer un poco de cena, y me quedan tres horas para salir por ahí; mi madre no nos espera antes de las doce y media. Pero no he dicho que no iré, porque es el día de media jornada, si Tom insiste mucho», y sigue diciendo: «me han dicho que hay damas imponentes sentadas en palcos y butacas con vestidos escotados, como muchas actrices, y mirarlas es tan entretenido como ver la representación. Eso me ha dicho Harry, y es uno de los pocos a los que les gustan el aspecto de las damas y caballeros que se dan la gran vida allí».

La chica pálida y cansada cose silenciosamente a mi lado. Trabaja más que las otras, ayer terminó cuatro pares y hoy espera terminar otros cuatro. «¿Vas a misa?», me pregunta de repente.

«Sí», respondo, atendiendo más al espíritu que a la forma de su pregunta.

«¿Pertenece al Ejército de Salvación?», sigue preguntándome, mirando mi vestido liso gris y recordando sin duda mi tupido gorro negro.

«No», contesto, «¿tú sí?».

Mueve su cabeza de un lado a otro: «desde que estoy en Londres intentan que me una a ellos. Pero somos más tranquilos que ellos. Mi madre y yo llevamos en Londres dos años desde que murió mi padre», añade en un tono explicativo. «Madre es modista cualificada; no hace este tipo de trabajo, ella no haría esto. Puede ganar dos libras a la semana en tiempos de mucho trabajo; pero ahora está perdiendo vista. Y yo no gano mucho. Me educaron para la enseñanza».

«¿Y por qué no has seguido con eso?».

«Suspendí el primer examen. Entonces mi padre murió y mi madre oyó que en Londres necesitaban ayudantes cualificadas de costura, y nos fuimos de casa. Pero he encontrado en nuestra calle un trabajo para enseñar la Biblia, y enseñé allí dos veces por semana. Eso y la iglesia los domingos es para mí como un pedazo de mi añorado hogar». La chica suspira, y la esperanza lejana de «otro mundo» brilla en las profundidades de sus ojos grises. «Si sales en la hora de la comida, te enseñé la iglesia y la clase donde enseñé», añade con vacilante amabilidad; «¿vas a casa a comer?».

«No, voy a tomar una taza de té y un bollo en Lockhart».

«¡No puedes comer eso sólo!», grita la chica de mi otro lado. Y se produce un murmullo por toda la mesa. Una taza de té y un bollo significa una enorme pobreza.

«Anoche no tomaste té», sigue diciendo la misma chica; «te tomarás una taza del mío esta tarde».

Las horas del día pasan despacio en el trabajo. No se dirigen la palabra la señora y los planchadores y la vida del taller se hace monótona. En el intervalo entre la comida y el té, una joven de cabello rubio (una hija casada de la judía), con bonitos guantes y gorro, cubierta de joyas, con una capa de colas

de marta en cierto modo impropio para la estación en la que estamos, entra en el taller. Se sienta al lado de su madre en la cabecera de la mesa y charla con ella confidencialmente. Oigo los nombres de varios caballos de carreras y de las carreras que se van a celebrar. Al parecer, su marido pertenece al género de los «jugadores» y, a juzgar por su vestido, tiene suerte. La señora está de muy buen humor. A la hora del té se dirige a mí:

«Me interesas mucho; hay algo especial en tu cara y también en tu voz, es extraño, ni una palabra más alta que otra. Las mujeres de aquí te confirmarán que si no me hubiera extrañado tu cara y tu voz te habría echado hace tiempo. Dime, ¿qué has sido?», dice con amable curiosidad.

«Cuando mi padre trabajaba yo no tenía que trabajar», le respondo con veracidad literal.

«Una joven de aspecto pulcro como tú debe casarse con un hombre respetable, como mi hija; estás más hecha para eso que para ganarte la vida en un sitio como éste. Pero, ya que has venido, veré qué puedo hacer contigo. Mira, estás mejorando», dice animándome cuando mira mi trabajo.

Me bebo la taza de té obligada por mi vecina. La chica cansada y pálida mastica su pan con mantequilla.

«¿Quieres un poco?», dice, deslizándolo hacia mí.

«No, gracias», le respondo.

«¿Seguro?», y sin decir nada me deja una gruesa rebanada en el regazo y se aleja para evitar que le dé las gracias. Un poco de humanidad que llega al corazón de la investigadora y le llena los ojos de lágrimas.

El trabajo vuelve a empezar. Mi amiga ha terminado su tercera prenda y espera la cuarta. Se cubre la cabeza con las manos y estira la espalda hacia atrás para relajar su cuerpo tenso. En sus ojos grises hay una expresión de intenso cansancio, cansancio de cuerpo y alma. Le pasan otro par y vuelve al trabajo. Es una trabajadora eficiente; pero por mucho que trabaje no puede sacar mucho más de un chelín al día porque tiene que pagarse las herramientas. (Un chelín al día es aproximadamente lo que se paga por el trabajo no cualificado femenino.)

Tras dos horas más doy las buenas noches.

«Me caso dentro de una semana», son las últimas palabras que oigo cuando paso cerca de Jo y Harry, «y mi mujer me mantendrá».

«Yo seguiré viniendo al jo—o taller», bromea Harry, «hasta que me consiga una chica que me mantenga. No me explotarán mucho más tiempo por cinco chelines al día»<sup>3</sup>.

(Traducido por María Teresa CASADO.)

<sup>3</sup> La vida del taller del *East End* que aquí describo la analizo desde otros puntos de vista en los siguientes capítulos sobre «Los judíos del East London», «Los salarios de las mujeres», «Las mujeres y las leyes de fábricas» y «Cómo hacer que desaparezca el sistema de talleres explotadores» [*Sweating System*]. Para una descripción sistemática de la industria de la sastrería del East London, véase el capítulo de la autora para *Life and Labour of the People*, vol. IV de la edición revisada, del Sr. Charles Booth. [La autora se refiere a los capítulos que componen, junto con otros cuya autoría es de Sidney Webb, *Problems of modern industry*, 1898. Véanse las referencias de la presentación, JJC.]

---

# DEBATE